

La travesía de Menochiades

J.L. Scally



Capítulo 1

Entre fines de 576 d. C. y mediados de 578 d. C. el Abad Menochiades terminó de escribir su libro de relatos de viaje. Había partido de Clontarf aceptando de buena gana el convite de Brandan, el Navegante, para buscar las isla del Paraíso Terrenal. Fueron siete años de surcar el Mar del Norte de isla en isla. No subsiste el nombre del libro, al cual algunos autores refieren como El Viaje o La Travesía de Menochiades, sino apenas unas cincuenta páginas guardadas en un monasterio de Liguria (cuya ubicación exacta no debe ser revelada). De las mejores traducciones de esas atribuladas páginas los estudiosos de Liguria elaboraron un sistema de referencias para deducir lo que Menochiades vivió y sufrió mientras secundó a El Navegante en su periplo. La elaboración se dificulta porque los trozos de texto hallados no son contiguos. Apenas retazos de un libro sobrecogedor que adivinan que tuvo doscientos o doscientos veinte relatos. Parecería que un ser mefistofélico hubiera dejado algunas muestras como advertencia para el futuro.

Menochiades relata el azaroso desembarco en la isla de los pájaros, que en realidad eran ángeles y rezaban con los monjes, y cómo vivieron y sobrevivieron allí los diecisiete que habían comenzado la travesía; cuenta las peleas entre los monjes por el vino, ocurridas en la Isla de las Uvas, y cómo murieron dos de ellos envenenados después de una borrachera; en otro relato describe los monstruos marinos que encontraron a su paso, sobre todo el tigre de fuego (dragón, diríamos ahora) con sus garras manchadas de la sangre de los albatros que cazaban saliendo del mar sin hacer el menor ruido; sobre el final de las primeras páginas, relata los pormenores de la misa exigida por Brandan para agradecer por su propia Pascua de Resurrección y cómo la tierra movediza donde rezaban resultó ser una ballena.

Así, muchos de los relatos rescatados coinciden con la *Navigatio Sancti Brandani* del Siglo X, la leyenda que condujo a la beatificación de Brandan y que se cantaba en las fiestas religiosas junto con la Oda a Enrique II, Rey de Inglaterra y Señor de Irlanda; pero otros se alejan sugestiva y hasta alucinadamente de esa relación de hechos. La leyenda conocida rescata, al igual que Menochiades, el paso por la isla del Paraíso Terrenal, pero éste da una versión algo distinta de la de su capitán. Brandan es demasiado parco al detallar lo que encierra la Isla del Paraíso, pero Menochiades abiertamente lo contradice: no podría ser el Edén, dice, puesto que encuentran un solo hombre joven pero ninguna mujer. Allí Brandan da por terminada su búsqueda y decide regresar a Irlanda con los trece monjes que sobrevivieron. Morirá poco después, delirando y afiebrado, mientras repetía en voz baja el Salmo de Barinto.

En el último de los fragmentos de Liguria, parecido a una coda, Menochiades abandona su voz de relator parco y distante y adopta la del

filósofo y la del profeta, alternativamente. Podríamos considerar que, de haber sido leído atentamente, su libro hubiera cambiado el curso de la historia.

El ignorado viajero apunta que todas las maravillas que visitaron, todas las extrañas criaturas que conocieron, todos los sobrecogedores paisajes ante los que se postraron, no son más que una muestra de la belleza creada por el Señor. Y deduce, arriesgada y astutamente, que en el Orbis existirán todas las combinaciones posibles de maravillas, sin agotarse nunca y sin dejar ninguna posibilidad de lado. Si pensamos en un dragón azul, por más que él no lo ha visto, supone que en algún otro mar lejos de Galway, su patria, existirá. Si imaginamos una hermosa flor que vuela y se pose de rama en rama, o se arrastre como una serpiente, en algún prado de Irlanda existirá ésta y en alguna montaña de Islandia vivirá aquella. El pez que imaginamos que tiene una cola larga como un curragh (barco) nadará en los extraños mares al sur de Terranova, donde las aguas serán blancas resplandecientes y solo podrán verse de noche.

Y Menochíades va aún más allá: *todas las maravillas vistas y no vistas, imaginadas o soñadas, existen como muestra de la infinita posibilidad de Dios. Si alguna de ellas, aún siendo imaginada, no existiera en el mundo real, ella misma sería nuestro dios, puesto que estaría al margen de lo manifestado, fuera del alcance de Nuestro Dios. Puede leerse: (ilegible)...si alguna posibilidad dejara de manifestarse, ella en sí misma sería el dios de todos nosotros, porque estaría fuera del alcance de lo manifestado. Nada puede quedar afuera de las maravillas de Dios, de lo contrario ella misma sería Dios. Y eso es imposible...*, concluye el monje.

Y agrega definitivamente: *...(ilegible) como las infinitas partes de Natura existen por la gracia de Nuestro Señor Dios. Pero no a su honra o a la elegía de su abandono, sino a su infinita composición.*

Y completa su razonamiento diciendo que, *... por fuera y por dentro de la Natura y del Orbis, por encima y por debajo de cualquier poderosa imaginación del hombre y de todas sus industrias, todas las maravillas vistas y no vistas encajan como un guijarro perfecto en una playa perfecta y se muestran al hombre y a la mujer, al niño y al anciano, a las vírgenes y a los moribundos, a los eunucos y a los campesinos, a los enamorados y a los condenados, como la belleza auténticamente incalculable de un ser perfecto, omnipresente y omnisciente que de suyo es Dios...(ilegible)... y nada hay más que Él en ellos y ellos en Él.*

El Abad Menochíades murió en una fría mañana de diciembre de 580 d.C. al caer del campanario del monasterio de Clontarf, en circunstancias poco claras. Había sido elegido como Abad un tiempo antes, a la muerte de Brandan, y hecho jurar a los monjes que copiarían indefinidamente su libro de viajes, del cual nunca se separaba, desde el día siguiente a su muerte. Sin embargo, su nombre fue borrado para siempre de la Leyenda

Navigatio Sancti Brandani. Toda referencia a Menochíades fue suprimida de los registros escolásticos y de los libros de nacidos vivos de Clontarf; todo vestigio de su existencia, prolijamente eliminado. Y no existió nunca una tumba con su nombre.

Los monjes estudiosos de Liguria creen, no sin algo de razón y de temor, que si el diario de viajes de Menochíades hubiera sido copiado y distribuido generosamente, algunas de las religiones modernas y sus malas costumbres nunca hubieran existido.